

NEW LEFT REVIEW 92

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2015

ARTÍCULOS

JOE TRAPIDO El gigante desbordado de África 7

NUEVAS MASAS

JOSHUA WONG Escolarismo en marcha 46
SEBASTIAN VEG Sobre el Movimiento de los Paraguas 59

ARTÍCULOS

FRANCO MORETTI Y DOMINIQUE PESTRE Jerga bancaria 81
FREDRIC JAMESON La estética de la singularidad 109

CRÍTICA

ADAM TOOZE Cómo manejar mal la crisis 143
EMILIE BICKERTON La cultura después de Google 153
ACHIN VANAİK Los maoístas nepalíes en el poder 165

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Aditya Adhikari, *The Bullet and the Ballot Box: The Story of Nepal's Maoist Revolution*, Londres y Nueva York, Verso, 2014, 304 pp.

Prashant Jha, *Battles of the New Republic: A Contemporary History of Nepal*, Londres, Hurst, 2014, 358 pp.

ACHIM VANAIK

LOS MAOÍSTAS NEPALÍES EN EL PODER

Pocos años después de la gran debacle de Europa del Este y el derrumbamiento de la URSS, un pequeño grupo de comunistas de Nepal manifestó su intención de tomar el poder por medio de un levantamiento campesino siguiendo el modelo revolucionario de Mao. Los principales actores políticos de Nepal no les hicieron mucho caso; el mundo exterior desconocía totalmente su existencia. Nadando contra la corriente de la historia, la insurgencia maoísta de Nepal se convirtió en el factor central de la política de este reino del Himalaya, neutralizando al Ejército Real de Nepal (a pesar de la ayuda que este último recibió de Nueva Delhi y Washington) y provocando la caída de una dinastía que había gobernado Nepal desde el siglo XVIII. Tras jugar un papel decisivo en la insurrección popular de 2006, los maoístas alcanzaron una victoria épica en las elecciones que vinieron a continuación con la promesa de forjar un nuevo orden político. Sin embargo, cinco años más tarde, los rebeldes se encontraron desplazados en las urnas por los partidos nepalíes tradicionales, al no conseguir sacar adelante una nueva constitución ni ninguna reforma social importante. Fraccionados y desmoralizados, los maoístas quedaron preguntándose qué había sido de su «Guerra Popular».

La historia de esta revolución abortada, uno de los episodios más llamativos de la historia moderna del sur de Asia, ha sido relatada ahora con todo detalle por dos periodistas nepalíes, Aditya Adhikari y Prashant Jha. Ambos libros pueden considerarse volúmenes complementarios: Adhikari cubre el

periodo desde el principio de la insurgencia hasta el levantamiento de 2006, mientras que Jha se concentra en los acontecimientos posteriores. Es probable que haya sido intencionado, ya que los autores son buenos amigos que se conocen desde la juventud (cada uno da las gracias al otro efusivamente en su sección de reconocimientos) y cuya procedencia social y pensamiento político son muy similares: ambos proceden de familias de clase media alta, trabajaron en la prensa de Katmandú y revisaron sus sospechas iniciales del movimiento maoísta para convertirse en simpatizantes críticos, reconociendo que era (y es) la fuerza más importante para la transformación democrática de Nepal.

Adhikari expone su objetivo explícitamente en el prefacio de *The Bullet and the Ballot Box*:

Este libro se ocupa principalmente de lo que los marxistas llaman el «factor subjetivo»: las trayectorias personales de los maoístas que participaron en la rebelión, sus creencias y aspiraciones, su experiencia en bosques, pueblos y prisiones, la relación entre ellos y con las comunidades locales, las tensiones entre los líderes maoístas, sus objetivos y estrategias contradictorias.

Su relato está basado en fuentes que hasta ahora no han estado disponibles en inglés: novelas que describen las penalidades de la vida rural, documentos del partido, memorias personales, entrevistas con líderes y cuadros selectos y sus propios viajes de investigación a los bastiones maoístas. Sin embargo, los que esperen encontrar un estudio detallado y basado en estadísticas del contexto «objetivo» de la lucha tendrán que buscarlo en otro sitio. Desde el punto de vista geográfico, Nepal tiene tres regiones principales: las llanuras del Terai, al sur, en la frontera con India, donde vive casi la mitad de la población del país; el altiplano, en el centro, con un poco más del 40 por 100 de la población, donde se encuentra la capital Katmandú, y los picos montañosos del extremo norte en la frontera con Tíbet. Tiene el mismo tamaño que Bangladés, pero no llega a la quinta parte de su población, y presenta una extraordinaria diversidad cultural: los 31 millones de nepalíes hablan más de cien lenguas distintas. El altiplano ha dominado tradicionalmente la vida política y económica de Nepal, con una elite gobernante de casta superior compuesta de *newa*, *bahun* y *chatriás* que monopoliza las fuerzas armadas y la burocracia gubernamental. Por debajo de estas castas están los *janajatis* (comunidades indígenas que hablan lenguas tibetano-birmanas y que componen el 37 por 100 de la población nepalí) y los *madhesi*, personas de origen indio que viven principalmente en el Terai y hablan *maithili*, hindi o *bhojpuri* (los habitantes de las montañas de habla nepalí a menudo se niegan a reconocerles como «verdaderos» nepalíes). Los *dalits* habitan en el altiplano y el Terai, aunque más en la primera de estas regiones. En un país en el que más del 80 por 100 de la población vive en el campo, la propiedad de la tierra sigue siendo tremendamente desigual: un estudio de la ONU

de 2010 señaló que el 7,5 por 100 de los propietarios agrícolas controlaba casi un tercio de la tierra cultivable de Nepal, mientras que casi el 60 por 100 de los hogares rurales no tenían tierra (o bien porque su propiedad era demasiado pequeña para cubrir el requisito de subsistencia, o bien porque no tenía propiedad en absoluto).

El eje de este orden social era la dinastía Shah. El rey Mahendra disolvió el primer gobierno elegido de Nepal en 1960 e impuso el sistema Panchayat «sin partidos». Su sucesor, Birendra, cedió a la presión de las protestas masivas tres décadas más tarde y estableció un sistema multipartidista, lo cual, sin embargo, no supuso ningún cambio significativo para quienes se encontraban en lo más bajo de la jerarquía social, tal y como señala Adhikari, pero proporcionó el espacio necesario para que la rama más radical del fragmentado movimiento comunista nepalí ganara apoyo y lanzara la insurgencia. Las primeras y más fuertes bases maoístas estaban en los distritos montañosos, remotos y boscosos del medio oeste, poblados por el grupo más grande de los *janajati*: los *magar*, que, como la mayoría de tales comunidades, reaccionaron con fuerza contra el discurso oficial, que glorificaba un Estado-nación supuestamente homogéneo y unificado, inventado por doscientos cuarenta años de gobierno de palacio. Esta ideología había legitimado la conquista de los pueblos indígenas y sus territorios, y ocultaba la realidad moderna de la discriminación cultural y lingüística a la que estaban sometidos. El Partido Comunista de Nepal-Maoísta (PCN-M) rompió con la tradición de todos los anteriores grupos comunistas al convertir estas cuestiones fundamentales de identidad en parte central de su programa, en lugar de centrarse exclusivamente en la explotación de clase. El Partido levantó el estandarte de la igualdad multicultural, aunque formulada en un lenguaje heredado del estalinismo, resolviendo el «problema de las nacionalidades» al garantizar la «autodeterminación» a los diferentes grupos: en otras palabras, los derechos lingüístico-culturales y un cierto grado de autonomía política (aunque no la independencia). Los *madhesi* del Terai, considerados potencialmente desleales por las castas dominantes del altiplano y sometidos por los colonos *padhesi* incluso en las llanuras del sur, fueron otra importante base de apoyo para los maoístas. Aunque los *dalits* también encontraban atractivo el PCN-M, estaban dispersos por todo el país; en cambio, los *janajatis* y los *madhesi* estaban más concentrados territorialmente, por lo que era más fácil movilizarlos en apoyo a la revolución en ciernes.

Los crecientes bastiones maoístas de las montañas ofrecían el máximo valor estratégico para los diferentes aspectos de la creciente insurgencia: formación política de los cuadros, ataques de guerrilla a las comisarías de policía para conseguir armas (comenzando por pequeños grupos de siete u ocho, antes de pasar a pelotones y compañías más grandes), el asalto de bancos, el ataque a oficinas del gobierno y la quema de documentos de los

terratenientes y los usureros para conseguir el apoyo popular. La inspiración y el compromiso ideológico se desarrollaron tanto a través de las actividades culturales del Partido, sus canciones y sus actuaciones teatrales, como (o incluso más) por medio de lecturas más formales y sesiones de análisis. Pero había muchos otros factores que atraían a los jóvenes hacia el Partido. Había un margen para el progreso personal y para romper con las tradiciones locales conservadoras: el movimiento ofrecía un espacio donde los tabús de casta podían romperse con aprobación pública, con la libertad de encontrar compañeros y llevar a cabo matrimonios intercasta. Los maoístas no eran partidarios del sexo prematrimonial, así que los matrimonios jóvenes fueron la norma: las parejas tenían que subordinarse a la disciplina del Partido, que a menudo les asignaba a los maridos y a las esposas tareas que requerían una larga separación física y geográfica. Adhikari no oculta el hecho de que el PCN-M recurría también al «terror rojo»: intimidación, amenazas arbitrarias, castigos y asesinatos de los sospechosos de ser soplones y «enemigos de clase», para dar ejemplo y asegurar la cooperación pasiva o el silencio. La actitud popular podía pasar del apoyo entusiasta a la hostilidad declarada, dependiendo de las circunstancias locales. Pero la respuesta del Estado nepalí normalmente puso a la gente del lado de las guerrillas, puesto que su propia brutalidad era menos selectiva y los soldados trataban a todos los miembros de las comunidades como simpatizantes del enemigo: «Atrapados entre un ejército que utilizaba la violencia de forma indiscriminada y los rebeldes que castigaban la falta de cooperación, pero también ofrecían recompensas a cambio de colaboración, muchos habitantes locales tendían a gravitar hacia estos últimos».

Adhikari proporciona un retrato detallado de los dos líderes más importantes del PCN-M, Pushpa Kamal Dahal (más conocido como Prachanda) y Baburam Bhattarai. Prachanda era el líder más carismático del partido y un estratega militar clave que contaba con el más amplio apoyo por parte de los cuadros del movimiento, ya que había estado activo en los círculos maoístas desde la década de 1970. Iba a representar el equilibrio en todas las agrias disputas entre facciones en los años venideros. Bhattarai era el principal intelectual maoísta, ya que se había convertido en una especie de celebridad nacional a los 16 años al conseguir la nota más alta de Nepal en el examen de enseñanza secundaria, y continuó sus estudios en la Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi, donde realizó su doctorado en la década de 1980: un estudio marxista del subdesarrollo y las estructuras regionales de Nepal. Esto sucedía cuando Prachanda y los otros líderes maoístas estaban ya activos en las células clandestinas. Aunque sus simpatías comunistas estaban definidas para entonces, Bhattarai no se sumó al PCN-M hasta 1991 y no había compartido la experiencia vinculante del trabajo clandestino de la década anterior. Se convirtió en el portavoz más importante del frente

legal del Partido en el periodo anterior al lanzamiento de la «Guerra del Pueblo» en 1996, con contactos regulares con activistas de otras formaciones políticas. A juzgar por el relato de Adhikari, Bhattarai podía difícilmente ser considerado como maoísta: a diferencia de otros líderes del PCN-M, que «mantenían obstinadamente que la evolución del Partido Comunista de la Unión Soviética, desde Kruschev, y del Partido Comunista de China, desde Deng, señalaba únicamente una “degeneración hacia el revisionismo”», Bhattarai creía que la pluralidad multipartidista sería esencial para cualquier sistema socialista, si no querían repetirse los errores del «socialismo realmente existente». De acuerdo con la línea habitual del PCN-M, Bhattarai tuvo que buscar citas de Mao que pudieran ser usadas para legitimar el pluralismo político: una tarea nada fácil (en los últimos años, se le ha oído citar con aprobación a Trotski y Rosa Luxemburg). Sus ideas sobre el tema se codificarían finalmente en una resolución del partido de 2003, «El desarrollo de la democracia en el siglo XXI», que Adhikari resume.

Para entonces, algunas cuestiones de estrategia más urgentes amenazaban con romper el movimiento en dos. El sistema multipartidista de Nepal se caracterizaba por una inestabilidad aguda, con trece gobiernos diferentes entre 1990 y 2002. En la primera etapa de su guerra, los maoístas habían tenido cuidado de centrar sus acciones armadas contra la policía y de no enfrentarse al Ejército Real de Nepal, cuyos altos mandos no tenían simpatía por los políticos civiles y eran leales a palacio. La elite de Katmandú experimentó una profunda crisis a raíz de la masacre del rey Birendra y su familia acaecida en 2001: la investigación oficial, «que sentenció que el príncipe heredero Dipendra había disparado a sus padres y hermanos antes de suicidarse», fue rechazada ampliamente como un encubrimiento. Se señalaba al hermano de Birendra, Gyanendra, que heredó el trono. Tanto si ello era verdad como si no, su reino comenzó bajo una nube de sospechas que se exacerbaban cuando se dispuso a dismantelar la Constitución liberal en un intento de restaurar una autoridad real libre de ataduras, lo cual desencadenó una batalla política triangular, muy bien descrita por Adhikari, entre los maoístas, los partidos parlamentarios y el Palacio (con el Ejército Real de Nepal inclinándose por Gyanendra). Las tres partes consideraron ventajoso este enfrentamiento triangular y el continuo cambio de lealtades que acarrearba. Los maoístas nunca cortaron totalmente los canales de comunicación ni con el Palacio ni con los partidos parlamentarios, tampoco lo hicieron con el gobierno de India, que a su vez tenía fuertes lazos con el Ejército Real de Nepal. Explicaron sus cambios dentro del triángulo en términos de lo que debería ser considerado como la «contradicción primaria» bajo circunstancias cambiantes.

Gyanendra precipitó la crisis con sus tendencias autocráticas: tras el colapso de una tregua entre el gobierno y los maoístas en 2001, convenció

al primer ministro del Partido del Congreso de Nepal, Sher Bhadur Deuba, para que declarase el estado de emergencia y disolviese el Parlamento; a continuación Deuba fue destituido de su puesto y se pospusieron las elecciones de manera indefinida. Para entonces, los maoístas habían comenzado a enfrentarse directamente al Ejército Real de Nepal. Hubo discusiones secretas encarnizadas entre los líderes del PCN-M sobre el planteamiento correcto, que Adhikari describe en detalle. La línea dura, dirigida por Mohan Baidya (Kiran), concedía prioridad a la lucha contra la hegemonía india y estaba abierta a la formación de una alianza táctica con el Palacio para conseguir este objetivo. La línea de Bhattarai, por otra parte, quería que los maoístas lucharan junto con los partidos parlamentarios contra la monarquía para establecer un Estado republicano, secular, federal y democráticamente inclusivo, en lugar del reino unitario hindú que se basaba en una homogeneidad cultural ficticia. Prachanda mantuvo el equilibrio entre ambas facciones y durante gran parte del periodo entre 2001 y 2005 sospechó que Bhattarai albergaba ansias de poder al favorecer la línea «nacionalista». El estatus externo de Bhattarai incrementaba la desconfianza de los cuadros más veteranos; de acuerdo con Adhikari, se cultivó deliberadamente un creciente culto a la personalidad en torno a Prachanda por parte de algunos líderes del PCN-M con objeto de debilitar a Bhattarai. Prachanda tanteó el terreno con el rey Gyanendra (en el Partido, tales contactos se justificaron con el precedente de la alianza de Sihanouk con los jemereros rojos en contra de Lon Nol en Camboya). Las diferencias políticas se mezclaron con las acusaciones de traición cuando la policía india comenzó a arrestar a los líderes maoístas. La lucha dentro del Partido había alcanzado tal grado en 2005 que Bhattarai y sus seguidores fueron puestos bajo arresto domiciliario por el brazo armado del PCN-M.

Fue entonces cuando Gyanendra puso en marcha la última fase de su golpe con el apoyo del Ejército Real de Nepal, poniendo bajo arresto domiciliario a los líderes de la oposición y suspendiendo la Constitución. Como señala Adhikari, Prachanda abandonó entonces su intento de alcanzar un acuerdo con el Palacio y volvió a favorecer la línea de Bhattarai, lo cual conectó con un cambio en la posición de Nueva Delhi: las autoridades indias estaban convencidas de que el Palacio era un factor más desestabilizador que los maoístas y gestionaron un acuerdo entre la Alianza de los Siete Partidos (ASP) de la oposición y el PCN-M, lo cual allanó el camino para el gran levantamiento popular de la primavera de 2006, el *Jan Andolan*. Dos millones de personas tomaron las calles de Katmandú, liderados por los principales partidos: sobre todo, el Partido del Congreso de Nepal (PCN) y el Partido Comunista de Nepal-Unificado Marxista Leninista (PCN-UML), que, a pesar de su nombre, había sido neutralizado políticamente hacía mucho tiempo y se había convertido en un partido burgués convencional recubierto con un delgado barniz socialdemócrata. Los maoístas, por su parte, trajeron a decenas de miles de personas

a Katmandú y fueron fundamentales en las movilizaciones masivas de sus alrededores; sus seguidores fueron también los principales responsables de la organización de las manifestaciones celebradas en la mayoría de las setenta y cinco capitales de distrito de Nepal. Este levantamiento de diecinueve días de duración, que culminó en una huelga general masiva, fue el que finalmente derribó la monarquía. Prachanda acudió a la capital para negociar y se firmó un Acuerdo General de Paz (AGP) en noviembre de 2006. El PCN-M abandonaba en la práctica el camino de la lucha armada a cambio de garantías de que sus soldados se integrarían en un ejército nacional que sería reducido significativamente. Un gobierno provisional declaró la República de Nepal y preparó las elecciones para una Asamblea Constituyente, que fueron celebradas en abril de 2008. Los maoístas asombraron a sus rivales (y quizá a sí mismos) al ganar 229 de los 601 escaños, más que el PCN y el PCN-UML juntos, y procedieron a formar el primer gobierno republicano de Nepal.

En este punto es donde el lector debe pasar al libro de Prashant Jha. Jha explica en el prefacio que volvió a Nepal a comienzos de 2007, tras casi una década estudiando y trabajando en Nueva Delhi (como Bhattarai, estudió en la Universidad Jawaharlal Nehru), y pasó los siguientes seis años informando sobre las turbulencias políticas del país. Al rastrear esta parte de la historia, cubre dos huecos importantes del libro de Adhikari: el papel del Estado indio y los dos grandes levantamientos *madhesi* de 2007-2008. El propio autor tiene una presencia mucho más fuerte en *Battles of the New Republic* que Adhikari en *The Bullet in the Ballot Box*, ya que su relato de los acontecimientos políticos está entrelazado con recuerdos personales de sus encuentros con los participantes. El análisis de Jha se nutre profusamente de entrevistas con altos cargos del gobierno indio, que estaban decididos a controlar los acontecimientos en Nepal desde la sede del gobierno de Nueva Delhi. Al principio, estos infravaloraron la rebelión maoísta como algo «irritante» que sería aplastado por la policía o se mantendría en un plano marginal. El golpe monárquico de 2005 hizo imposible que Nueva Delhi sellara una alianza entre Gyanendra y los partidos parlamentarios contra los maoístas, mientras que los ofrecimientos del rey a Pakistán y China molestaron a las autoridades indias. Entretanto, el liderazgo de Prachanda-Bhattarai había reconocido que no había más salida que asociarse con India si no se quería seguir el camino suicida de una confrontación abierta. Bhattarai utilizó algunos de los contactos de su época de estudiante para facilitar el acercamiento, los cuales constituyeron el telón de fondo indispensable para el acuerdo entre la Alianza de los Siete Partidos y los maoístas, que, como demuestra Jha, fue considerada por el gobierno de Delhi como una forma de frenar e integrar a estos, cuya contundente derrota en las elecciones de la Asamblea Constituyente se daba por descontada. Los resultados fueron, pues, una desagradable sorpresa.

Por su parte, los acontecimientos del Terai pillaron desprevenidos a los maoístas. Debido a la insistencia de los partidos tradicionales, la Constitución provisional que se adoptó antes de las elecciones era poco clara y no se comprometía en el tema del federalismo. Aunque había sido la fuerza política que más había simpatizado con las demandas de los *madhesi*, los maoístas se encontraban ahora en el bando equivocado. Uno de sus aliados en la región, Upendra Yadav, se había separado para formar un nuevo partido, el Foro Madhesi Janadhikar (FMJ). Se produjeron enfrentamientos violentos entre los seguidores del FMJ y el PCN-M con muertos en ambas partes. Jha, que viene de una familia *madhesi* de casta superior, escribe desde un punto de vista cercano, aunque a menudo crítico, sobre los agravios que alimentaron dos olas de protesta masiva en 2007-2008 (observa de pasada que sus colegas en la prensa de Katmandú generalmente ignoraban la cuestión *madhesi* con una miopía típica del altiplano). El despertar *madhesi* obligó a todos los agentes políticos, incluyendo a los maoístas, a tomarse en serio sus reivindicaciones; también proporcionó a algunos políticos de la vieja guardia la oportunidad de volver al ruedo político. En las elecciones de 2008, tres partidos *madhesi* consiguieron ochenta y cuatro escaños, con el FMJ de Upendra Yadav llevándose la mejor parte. A pesar de los enfrentamientos del Terai, el PCN-M y el FMJ llegaron a acuerdos en el tema del federalismo y Prachanda formó su gobierno con el apoyo *madhesi*.

No tardó en llegar la reacción conservadora. El *establishment* permanente de Nepal, como ha sido apodado por el escritor C. K. Lal (los empresarios, las altas esferas de la burocracia civil y militar, las elites de las castas y del altiplano que controlan la mayoría de la tierra, los monárquicos y los líderes de los antiguos partidos), no tenía intención de dejar que los acontecimientos siguieran su curso, tal como demuestra Jha. Consideraban una afrenta la composición social del nuevo Parlamento. Solo había habido un *dalit* en los tres Parlamentos de 1991, 1994 y 1999; ahora había cuarenta y nueve. Jha cita un comentario que le hizo un abogado nepalí: «Como lo oyes, la Asamblea Constituyente no redactará la constitución. ¿Qué saben esos cocineros, esos limpiadores, esos vendedores de verduras, esas mujeres que nunca han salido de su casa, sobre constitucionalismo?» Con el apoyo de Nueva Delhi, el *establishment* permanente de Nepal se dedicó a desbaratar la agenda maoísta, centrándose en dos temas candentes: el ejército y la Constitución.

En 2009, los maoístas intentaron destituir al general Rukmangad Katawal de su cargo como jefe del que ya no era el Ejército Real de Nepal. Katawal se oponía con firmeza a la integración de los combatientes maoístas y se reía abiertamente del gobierno civil. Katawal, un ultraconservador que había apoyado el golpe de Gyanendra con entusiasmo, se presentaba, sin embargo, ante los diplomáticos extranjeros como defensor de la democracia. Tenía el apoyo de los partidos de la oposición, que traicionaron

fraudulentamente los compromisos y las garantías del Acuerdo General de Paz, donde el Ejército Real de Nepal y el Ejército de Liberación Popular maoísta se situaban al mismo nivel. De manera crucial, también tenía el apoyo de Nueva Delhi. Jha es especialmente certero en su tratamiento del papel decisivo de la India en la crisis: presionó al Partido del Congreso de Nepal y al PCN-UML a mantenerse firmes en su apoyo a Katawal; instó al presidente de Nepal Ram Baran Yadav (PCN) a derrocar al gobierno de Prachanda, aunque no tenía autoridad legal para hacerlo; y maniobró para conseguir una escisión en el FMJ utilizando a un funcionario del PCN reciclado (a la vez que repartía generosos sobornos a los miembros del Parlamento para asegurarse que votaban lo correcto). Prachanda fue arrinconado y ofreció su dimisión en mayo de 2009, siendo reemplazado por un político del PCN-UML que ni siquiera había sido elegido para la Asamblea Constituyente del año anterior. Existen razones fundadas para considerar todo esto un punto de inflexión decisivo en la limitación del proyecto maoísta. La vocación coercitiva del antiguo Estado permaneció intacta para servir a sus amos de clase, mientras que el Ejército de Liberación Popular sería a su debido tiempo desarmado y desmovilizado a la vez que la mayoría de los antiguos guerrilleros aceptaban pagos en efectivo para retirarse. Solo 1.500 veteranos del Ejército de Liberación Popular se alistaron finalmente en el Ejército de Nepal, y ningún maoísta «integrado» fue nombrado en un rango más alto que coronel.

Desde los tiempos de Nehru, Nueva Delhi ha sido absolutamente coherente en su política: los países de la cresta del Himalaya deben disfrutar de una soberanía parcial y aceptar la intervención de India (básicamente encubierta). El gobierno de Nueva Delhi no iba a permitir la transformación de su herramienta interna más importante a la hora de asegurar que Nepal no abandonase la órbita india, fuera cual fuese el andamiaje político, respecto al cual podía mostrarse más flexible. Sobre la cuestión de mantener las estructuras de mando, los privilegios y los intereses institucionales del Ejército de Nepal, las diversas ramas de la elite de poder de la India (el Ejército, el Ministerio de Asuntos Exteriores, los servicios de espionaje, el liderazgo político) estaban totalmente de acuerdo. Jha destaca los poderosos contactos entre el ejército de Nepal y su contraparte india: India es el principal proveedor de armas y equipamiento, muchos de los cuerpos de oficiales nepalíes se forman en los institutos militares indios, y cada jefe del ejército de Nepal hace un peregrinaje a Nueva Delhi tan pronto como accede a su puesto (sin mencionar el hecho de que a su contraparte india siempre se le concede el rango de general honorífico del Ejército de Nepal). El Ejército indio mantiene sus propios regimientos *gurka* y paga las pensiones de más de cien mil soldados jubilados nepalíes por medio de oficinas de pensiones controladas por India y distribuidas por todo Nepal.

Jha caracteriza el enfoque de Nueva Delhi como «una tradición altamente sofisticada del arte de gobernar» ya afinada en Cachemira y Nagaland: «Involucrar, coaccionar, dividir, frustrar, agotar, corromper, tentar, repetir el ciclo y no dar nada». Rechaza la idea de que los maoístas supusieran una amenaza para la democracia de Nepal: «Ni siquiera pudieron conseguir una mayoría simple por sí solos, no pudieron destituir a un jefe del ejército cuando lo desearon, no pudieron volver al poder a pesar de ser el partido más grande de la cámara; y encima les acusaron de que querían establecer una dictadura. Me parece pura ficción». Pero esta no era la motivación real. Nueva Delhi ansiaba mantener el carácter «profesional y apolítico» de un ejército cuyos generales habían apoyado la dictadura monárquica y cuyos soldados habían sido responsables de asesinato, violación y tortura a gran escala durante la guerra con los maoístas. Utilizó todos los trucos de la diplomacia para asegurar el resultado deseado.

En mayo de 2010, los maoístas convocaron una huelga general indefinida en un intento de forzar la dimisión del nuevo primer ministro, pero desconvocaron la huelga tras toparse con la hostilidad de la clase media y la oposición acérrima del Partido del Congreso y del PCN-UML (por supuesto, con el apoyo de India). Los gobiernos elegidos podían caer por medio de la presión desde arriba, pero a los gobiernos no elegidos no se les permitiría capitular bajo la presión desde abajo. Fue una segunda derrota crucial para el PCN-M y exacerbó la tensión entre sus alas derecha e izquierda. Baburam Bhattarai se había convertido en el portavoz de la facción de derecha que salió ganadora; se convertiría en primer ministro en agosto de 2011 con el apoyo de los partidos *madhesi*, tras una nueva ronda de trápicheo parlamentario (y apaciguamiento maoísta de Nueva Delhi en secreto). Para entonces, las ambiciones radicales del PCN-M habían quedado gravemente recortadas. Su menguante base de cuadros estaba ideológicamente desorientada y muchos de ellos ya buscaban las prebendas del poder y la riqueza. Sus líderes habían alentado esta tendencia con su ejemplo: Prachanda eligió como residencia una casa palaciega en Katmandú. La facción de izquierda se escindió en 2012 bajo el liderazgo de Kiran, en protesta por el acuerdo definitivo de desmovilización que zanjó la cuestión de la situación del Ejército de Liberación Popular.

El gobierno de Bhattarai se enfrentaba ahora al desafío de entregar por fin una nueva Constitución. El periodo de sesiones de la Asamblea Constituyente ya se había prorrogado dos veces debido al estancamiento político: la Asamblea funcionaba más como un parlamento bronco y ruidoso, en el que las peleas por los locales para despachos tenían prioridad sobre la redacción de la Constitución. Se necesitaba el establecimiento de varias comisiones para preparar propuestas serias para el debate, sobre las que los partidos debían negociar para llegar finalmente a decisiones tomadas por consenso. Pero

surgieron agrios desacuerdos en torno a la futura forma de gobierno, tal y como explica Jha. Los maoístas querían un ejecutivo presidencial fuerte, una legislatura unicameral y el nombramiento de los jueces por parte del Parlamento, para disponer de las herramientas que permitieran llevar a cabo una transformación social importante. La oposición quería una estructura bicameral, un gobierno todopoderoso y un primer ministro que rindiera cuentas al Parlamento, una presidencia institucional y un Tribunal Supremo independiente cuyos miembros fueran nombrados por un consejo judicial. Hay que añadir a todo esto la discrepancia existente entre los «federalistas reacios», que eran los sectores de la sociedad representados mayoritariamente por el Partido del Congreso y el PCN-UML y que tenían más que perder si se instauraba el nuevo orden; y los «federalistas decididos», que, en todo caso, no se ponían de acuerdo sobre la forma específica de la federación. Sin embargo, uno de los obstáculos mayores en el camino era que a los partidos tradicionales les preocupaba el hecho de que si se acordaba una nueva Constitución bajo el gobierno de Bhattarai, su aprobación incrementaría sustancialmente la credibilidad y la talla política de los maoístas. A pesar de que los maoístas habían renunciado a gran parte de su proyecto constitucional, el Partido del Congreso y el PCN-UML continuaron haciendo imposible todo consenso. Cuando el periodo de la Asamblea expiró de nuevo sin acuerdo, el Tribunal Supremo intervino para bloquear otra ampliación (Jha señala que esta decisión no era «una decisión legal, sino política»; «el tribunal no tenía competencias para usurpar la autoridad de la institución popular soberana») y Bhattarai se vio forzado a convocar elecciones en 2013.

Las elecciones no pudieron llegar en peor momento para los maoístas. A pesar de haber estado en el gobierno durante más de dos años desde 2008, no podían ofrecer un legado de reformas sociales y mejoras materiales que satisficiera a sus seguidores, y ahora tampoco tenían una Constitución como resultado de su trabajo. Con el grupo escindido de Kiran boicoteando las elecciones y haciendo campaña activa contra Prachanda y Bhattarai, y el hedor de la corrupción cerniéndose sobre el partido, los maoístas fueron derrotados de forma aplastante. El libro de Jha termina con las elecciones de 2013, en las que el Partido del Congreso obtuvo 196 escaños, el PCN-UML ciento setenta y cinco y los maoístas solamente ochenta, con los partidos *madhesi* también reducidos a cincuenta escaños. Su conclusión es sobria: aunque los maoístas habían creado una nueva conciencia popular, agitando las relaciones sociales y abierto el camino a la república, y los *madhesi* habían derribado las barreras del sistema de gobierno para los grupos sociales marginalizados, «en cada etapa las fuerzas de la reacción se mantuvieron tan fuertes como las que buscaban crear una sociedad nueva». A pesar de todo, la Asamblea Constituyente ofreció a los nepalíes «una segunda oportunidad» de redactar su propio contrato social: «Esta vez no debemos desaprovecharla».

Desde entonces, el último plazo establecido para aprobar la Constitución, el 22 de enero de 2015, ha llegado y ha pasado. Hay un acuerdo sobre una forma de gobierno mixto, en la que las elecciones parlamentarias decidirán el gobierno y el primer ministro, y se otorgará unos poderes limitados al presidente elegido indirectamente. Los maoístas y los partidos *madhesi* han cedido terreno en cuanto al sistema de votación mayoritario, pero esperan que por lo menos el 40 por 100 o más de los escaños sean elegidos por representación proporcional. El tema más conflictivo sigue siendo la cuestión federal. El Partido del Congreso y el PCN-UML quieren siete provincias, la mayoría de ellas, o incluso todas, basadas en el modelo norte-sur para maximizar las oportunidades de control provincial por medio de las antiguas jerarquías del altiplano y de la casta. La oposición solicita diez provincias cuyos límites permitan a los principales grupos *janajati* ser decisivos numéricamente sin constituir una mayoría absoluta, a la vez que otorguen a los *madhesi* una provincia propia. Sigue sin estar claro cómo terminará todo esto. Los líderes del Partido del Congreso y del PCN-UML han amenazado con imponer la Constitución por medio de su mayoría de dos tercios, utilizando su fuerza parlamentaria actual: una apuesta segura para que la agitación continúe. Paradójicamente, fue Narendra Modi quien se pronunció contra esta opción durante su segundo viaje a Nepal, en el que se refirió a los maoístas y a los *madhesi* como agentes clave en el proceso constitucional. Para la coalición gobernante, una cuestión fundamental es evaluar el descontento popular que podrían desencadenar los maoístas y las protestas *madhesi*. El grupo de Prachanda, que se encuentra bajo presión de su flanco izquierdo –que incluye ahora una escisión importante de la facción de Kiran, encabezada por Netra Bikram Chand, o Biplab, que solicita que se abandone la Asamblea Constituyente y se opte por una «revuelta popular» (aunque todavía no una «lucha armada»)–, pretende movilizar a sus bases para demostrar al Partido del Congreso y al PCN-UML que les conviene llegar a un acuerdo. El 28 de febrero, una manifestación conjunta de maoístas y *madhesi* en Katmandú sacó a más de 100.000 personas a la calle. Así, pues, no sería correcto decir que las cosas han completado un ciclo en Nepal. Durante los últimos veinticinco años, la conciencia y los movimientos populares contra las injusticias de casta, clase y género y contra la opresión étnica han crecido hasta el punto de que el antiguo orden no puede ser restaurado sin más. Es demasiado pronto para escribir *finis* a la gran revuelta política por la que los maoístas hicieron tanto.